

condesa de Pardo Bazán, constituyen el elogio más sublime del estigmatizado Poverello. Allí están sus visiones y milagros, sus charlas divinas con las aves a quienes da buenos consejos y rodea de ternuras y de elogios y a las que promete recompensas. ¡Qué contentos se ponen los pájaros, y qué contenta el agua que oye que la llaman hermana y qué alegre el fuego al sentirse el hermano del hombre! Las Florecillas son una obra de reparación y de justicia para con la Naturaleza, pues gracias a ellas, entra de golpe a formar parte de la familia de nuestras sensibilidades...

Mérida, abril de 1944.

Dímas

Memento mei cun veneris
in regnum tuum.=San Lucas.

Oh criminal agosto! Cuántas veces
desde este cenegal en que me atasco,
vuelan a tu patíbulo mis preces
como gaviotas blancas
en busca de refugio hacia un peñasco.
Cuántas veces me arrancas
de las cuerdas más íntimas del estro
ese arpegio indeciso
que clama en sus acordes: Oh Maestro,
acuérdate de mí en el Paraíso!
Cuando el placer se agota, cuando al frío
del cansancio mi sangre se congela,
y como un implacable centinela
me vigila el hastío,
entonces, cómo envidio tu cadalso,
cómo envidio la cruz donde abdicaste
tu cetro impuro de monarca falso!
Cómo anhelo la cumbre donde expiaste
tus ambiciones locas
y la sed apagada en las orgías.
Porque . . . ¿no lo sabías?
De los conquistadores son las rocas!

A tí va mi oración, hoy que se trunca
la dicha y el espíritu se gasta;
hoy que todo el delito no me basta
por no poder satisfacerme nunca!
Empápame en la sangre que redime,
acólito sublime
de la primera misa!
Enséñame a triunfar de los sentidos,
dime cómo es la devoción sumisa
que muestran los que están arrepentidos.
Y . . . oye, bendito reo:
¿qué hacer cuando me rasga las entrañas
el insaciable monstruo del deseo;
cuando pide más víctimas, y acaso
sin fuerzas la materia, el desaliento
el único regazo
donde el gigante aquel duerme un momento?
Dime: qué hacer cuando la carne vence,
y el alma desvalida
doblega la cerviz como un ilota,
para besar atónita y rendida
la sonrosada mano que le azota!
Cuando el incendio del pecado brilla
y no queda de Dios un solo rastro,
cuando el cuerpo sin alma se arrodilla
ante un ídolo frágil de alabastro! . . .

Tú fuiste como yo! Mas el suplicio
te hizo divino y santo;
primero fuiste el gladiador del vicio
luego el bizarro gladiador del llanto.
Oh, cuánta fe me anima,
tú me guiarás hasta la abrupta cima
por la tortuosa brecha . . .
Yo también soy un reo,
yo también necesito al Galileo
para morir llorando a su derecha!